

Sale los dias 10, 20 y 30.

Da mensualmente un figurin, y de tiempo en tiempo gratis un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid. 4
Las provincias. . . 6 } Franco.
Si la suscripcion se hace en Madrid. . . 5 }

Dos rs. menos sin figurin ni patron.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

Modas.

Nada mas agradable y á la vez mas graciosa y elegante que la toilette de entre-tiempo, que se ha empezado á estilar en el dia. Cualquiera que sea la temperatura, á cualquier hora del dia ó de la noche, en cualquier circunstancia, siempre parece bien y de última moda. Solo nuestras lindisimas damas estan en el caso de apreciar lo que se merece un adorno que se acomode, sin desdecir, á las continuas variaciones de esta época intermedia del año, entre verano é invierno, y en que despues de un dia de sol clarísimo y consolador se sigue una mañana nebulosa y opaca. Esta ventaja y esta calidad del *apropósito* la reunen en sí los canesus, y los espencer de terciopelo que sientan tan bien sobre un vestido blanco ó de seda, y particularmente sobre colores agradables, y caidos, como el gris perla, el ceniza de rosa: y con grandes volantes siendo el corpiño gris, azul, verde ó castaño, constituyen una toi-

lette del mejor tono. Las telas escocesas se adaptan tambien perfectamente á estos adornos.

Como nosotros hemos confesado diferentes veces que no es para lo que mas nos da el naípe á los españoles, para modas, y que mas bien somos imitadores de las estrangeras, no parecerá extraño á nuestras amabilísimas suscriptoras que de cuando en cuando se dirijan nuestros ojos hácia la antigua Lutecia para inquirir allí en su foco los adelantos é invenciones de tantos artistas que se desviven por sostener al ídolo de las bellas, con tantos caprichos y tan variados sufragios como inventan en su obsequio; y como no faltan en nuestra España personas de gusto, y de posibles que no por ser oriunda de los Alpes sino por ser noble, airosa y de esquisito género imitarán algunas modas de allende los Pirineos, esta es la razon por la que citaremos dos trages completos que han llamado la atencion por su sencillez y finura, segun nos lo escribe nuestro cuidadoso corresponsal de París.

— Vestido de poplín escoces verde, adornado con tres volantes colocados uni-

TOMO I.

dos en la falda. Espencer de terciopelo de color de hoja seca, recamado de lindos bordados del mismo fondo de color, pero de relieve, y con un puño muy alto, y ajustado hasta la mitad del brazo. Una guarnición de blonda festoneaba toda la parte alta del corpiño, y venia á unirse por delante en el pecho quedando algo abierta y figurando una gola rizada. La misma blonda adornaba la espalda y los puños, y venia á caer hasta el extremo del espencer rematando en punta.

—Otro vestido de levantina (seda), de color gris, chinesco, y guarnecido de un ancho volante de encaje. Un espencer de terciopelo verde, y con mangas perdidas, abrochado por el pecho con una sarta de botoncitos de perlas finas. Para el cuello una blonda bastante alta, á la usanza de Catalina de Médicis. Los puños con cinco botones de perlas. El sombrero de crepon blanco con un marabu.

UNA CALUMNIA.

II.

(Conclusion.)

Ya hacia largo tiempo que corrian voces estrañas acerca de la poca armonía que se observaba en la familia de Marenil, citada hasta entonces como un modelo de concordia y union. Contábanse escenas violentas, lances desagradables en extremo, las quejas y celos del esposo, las lágrimas y reconvenciones de la muger. Los criados aumentaban el rumor vago de la maledicencia. Ambos esposos eran demasiado nobles de corazon y de carácter, para descender á ciertas bajezas, pero la gente asalariada que ignora los límites que separan al hombre del bruto, añadía particularidades horribles, mas horribles que las que se exigen por la ley como motivos justos de divorcio. Aquellos rumores provenian de una causa real y positiva. Marenil habia recibido una carta concebida en estos tér-

minos. «Caballero, una persona caritativa cree de su deber advertiros, que vuestra esposa tiene un amante. No puedo nombrarle; velad por vuestro honor. Soy muy vuestro y servidor.»—

»Servidor mio! exclamó Marenil. Quién ha escrito esta carta! Quién ha sido tan cruel, tan infame! Mi reposo, mi felicidad perdidas para siempre! Luisa engañarme! No hay remedio, una acusacion semejante se fundará en hechos. Mis negocios, mis ocupaciones me absorben todo el dia; por el contrario, ella libre, señora de sus acciones, va donde quiere, visita á mil personas, y acaso entre ellas habrá encontrado un fátuo que la quiera....., y la imprudente no teniendo un amigo, un juez que la dirija, ni aun se habrá cuidado de ocultar su conducta! No, Luisa es imposible que me engañe; pero sin duda se halla á la boca de un abismo, y yo debo acudir en su socorro y evitar su caída. Y qué hacer? Prohibirla las reuniones, encerrarla en un calabozo? Ah! la contrariedad inflama el amor: dividir dos corazones que empiezan á latir acordes, es hacerlos inseparables para siempre! Precaverse.... ah! mejor es confesar..... Pero cielos, descubrir que es á consecuencia de un anónimo á que se ha dado crédito bastante para llegar á dudar, es una debilidad indigna de un hombre: es una injuria mortal para una muger, si es fiel; irreparable si no lo es.»

Desde entonces empezó su vida amarga de dolor y de sospecha. Luisa pura é inocente, estaba muy lejos de sospechar la causa de la tristeza de su esposo. Inquieta por las arrugas que un pesar reconcentrado grababa sobre su frente, se informaba de sus empresas, del estado de sus fondos; por último, hacia cuanto estaba de su parte para hablarle un lenguaje que le escitara á su esposo la confianza de revelarle sus pesares. Cuanto mas procuraba profundizar sus secretos, tanto mas reconcentraba Augusto sus pensamientos. Ignorando Luisa que su virtud estaba interesada en ello, no pensaba en justificarse, ni en suspirar á los pies de su esposo aquellas palabras del cie-

lo, que serenan las tempestades, y despejan el horizonte. Marenil lo notaba, y aquel silencio confirmaba sus temores. De este modo ambos esposos se iban desuniendo cada vez mas, sin conocerlo ellos mismos. En tal estado de cosas un acontecimiento funesto vino á desarrollar por medio de una conmocion pública esta lucha interior de afectos reconcentrados.

Desde el dia en que Aristómenes escribió el anónimo á M. Marenil solo tuvo un pensamiento, la ambicion: llegar á elevarse, para confundir á Luisa que le habia despreciado. Valerse de la intriga y de las conmociones políticas, le pareció un camino mas espedito que el de su mérito y servicios para alcanzar altos puestos. Por último declaróse revolucionario, y con objeto de instalar la república, encontróse cercado por los cañones y la guarnicion á quien no debió parecerle el objeto tan plausible. Sorprendiose Aristómenes de aquel aparato, y poco le satisfizo. La religion política tiene muchos confesores, pero no suele abundar en mártires; los partidos lo que necesitan son hombres creyentes, y esos son capaces de heróicos hechos: pero Aristómenes era de los ateos que solo piensan en vivir. Aprovechóse de la oscuridad de la noche, escabullóse entre sus compañeros, subió á la torre de la iglesia en que estaban cercados, recojió las cuerdas de la campana, y se descolgó bonitamente. Apenas puso el pie en tierra, cuando sonó en sus oídos una descarga de fusilería. Se estremeció, pero sin perder su presencia de ánimo, recordando su agilidad de piernas de antiguo colegial, se echó á correr por las calles como una exhalacion. « Va herido, gritaban los soldados que le perseguian.... Está herido sí.... ya caerá en nuestro poder.» Desesperado, fatigoso, escuchando cerca la voz de sus perseguidores, miró en derredor, y no hallando mas que una puerta cerrada, la empujó con violencia, y á su sacudida cedió: entró, y cerrándola en el momento cayó exánime entre unas matas. Era precisamente el jardin de M. Marenil. El infortunio de aque-

llos esposos habia llegado á su mayor extremo: Luisa llegó á conocer la causa de la tristeza de su marido, y desde aquel momento dejó tambien de ser feliz. Rompió todo género de relaciones con sus amigas, se privó de cuantos placeres y diversiones la rodeaban, conociendo que sus sacrificios halagaban algun tanto la mortal pesadumbre que devoraba interiormente el corazon de su esposo. Su único placer era, en el silencio de la noche, bajar al jardin á llorar, y á entregarse á sus melancólicos pensamientos. Así pasaba su vida, y M. Marenil parecia algo mas tranquilo. La noche en que Aristómenes se refugió en su jardin, hallábase aquel á su ventana ocupado de las revueltas del dia. Poseedor de una fortuna considerable no podia mirar con indiferencia la lucha de los amotinados republicanos. De repente creyó ver un hombre que entraba en su jardin y que se ocultaba de tras de unos zarzales, y en el mismo momento á Luisa que atravesaba con ligera planta y se dirigia á sentarse en el banco de cespéd en que pasaba reclinada todas las noches.

A tal escena los celos se apoderaron con mayor fuerza de su corazon, y cogiendo con su mano trémula su espada, bajó al jardin. — Cómo! me amais? le decia Luisa á un hombre á quien Marenil no pudo reconocer; ah! bien desgraciada soy desde vuestra ausencia! — Permittedme que os consuele, la respondió una voz que Marenil creyó reconocer, y que vuestro marido llegue á espiar.... — Tú serás el que espies su injuria, le interrumpió Marenil, arrojándose sobre él. El anónimo decia, verdad, señora? Teneis un amante! — El anónimo, un amante...! exclamó Aristómenes.... — Antes que terminara aquella frase cayó herido y bañado en su sangre. Al grito que lanzó al sentirse dar la estocada respondió un clamor ruidoso de voces, y la puerta del jardin se abrió para dar entrada á los soldados que le perseguian, y que llegaron llamados por el ruido. El que mandaba la partida, viendo un hombre caido en tierra, le levantó por el

cuello de la casaca, y le miró á la claridad de la luna. M. Marenil, le dijo:

— «Señores, ha penetrado en mi casa, y yo.... — Le conozco, exclamó el soldado; es el republicano que perseguíamos. Bien sabía yo que estando herido como lo estaba no nos haría ir muy lejos. Mirad, tenia en el costado un bayonetazo.»

Los soldados sacaron el cadáver del héroe republicano. Luisa que se desmayó á la presencia de su marido, no volvió en sí hasta la mañana siguiente, y nada supo de lo que habia pasado.

M. Marenil curado de sus celos, por la certeza de que habia sido engañado, vivió con su muger como un extraño; y Luisa se resignó á este género de vida, aunque á pesar suyo, pareciéndola que tarde ó temprano era el patrimonio de todas las mugeres. = L.

LA LITOGRAFIA.

Una tarde del siglo XV el doctor Faust iba por el caminino de Weimar.

En la misma direccion y algunos pasos delante de él caminaba tambien un viajero á caballo.

Las herraduras de la caballería marcaban en la tierra húmeda, suave y compacta ciertos rasgos ó señales claras, regulares y uniformes.

A cada paso éstas se reproducian con igual precision y pureza. El doctor Faust pensó sobre lo que habia visto, y al dia siguiente se habia inventado la imprenta.

Se ha creído que esta seria una leyenda fabulosa: varios sábios la han impugnado, y otros muchos han defendido su certeza: cómo despues de cuatrocientos años se ha de demostrar un hecho tan controvertido?

Referiremos otra leyenda, análoga y no menos maravillosa, que no data sino de treinta y nueve años á esta parte. Acaso servirá para hacer mas verosímil la que acabamos de citar.

Una tarde del siglo XIX, Aloys Sen-

nefelder, corista del teatro de Munich se retiraba á su pobre y desmantelada boar-dilla. Tres cosas llevaba en las manos: 1.^a una piedra de afilar, nueva y sin haberse estrenado; 2.^a un billete para ir á cobrar á casa del cajero sus honorarios del mes vencido; 3.^a una estampilla (especie de sello en que están grabadas las letras en relieve), mojada en tinta de imprenta; pues él era el que ponía aquella especie de contraseña que se variaba todos los dias, en los billetes, para escusar esta molestia á su director.

La vivienda de Aloys estaba bastante mal cerrada: apenas habia colocado sobre la chimenea el billete de su crédito cuando se lo llevó el aire, y vino á caer en una cubeta llena de agua. Recogió el corista el precioso documento, lo secó cuidadosamente, y lo volvió á colocar sobre la chimenea, y puso encima la piedra de afilar, con el objeto de que el viento no se le llevase de nuevo.

Entonces la estampilla habia tocado casualmente en la piedra: la línea negra que dejó marcada en ella por su contacto, á la mañana siguiente se halló reproducida exactamente en el papel húmedo. El corista Aloys Sennfelder lo observó, y al dia siguiente la litografia se hallaba ya inventada.

El nuevo invento se propagó por toda la Alemania, y penetró en Italia por los años de 1807. Poco despues se introdujo igualmente en Francia por M. Audré d' *Offenbuch*. Por último, por una fatalidad inseparable muchas veces á ciertos descubrimientos, en 1815 los artistas ignoraban todavia los recursos que les ofrecia la litografia, cuando M. Engelman transportó á París los establecimientos litográficos que habia planteado en los confines de la Francia. Nos abstenemos de comentar las incalculables ventajas, y los grandiosos resultados que puede ofrecer este arte: solo diremos, que Aloys Sennfelder murió miserable, y olvidado.



A JULIA.

Goza esta vida engañosa;
Dura tan poco esta vida!
Menos que dura una hermosa,
Menos que dura una rosa,
No pierdas tu edad florida.

Si llaman sueño al vivir
Porque engaña debe ser;
Que no es mi amargo sentir
Un sueño, ni tu existir,
Ni tus encantos, muger.

O sueño lo han de llamar
Sin duda por ser tan breve:
O acaso, porque el gozar
Es solamente soñar
En lo que el alma se embebe.

Pero en fin, pues que nacemos
A este sueño condenados,
Mientras vivimos, soñemos,
Y al menos así gocemos
Placeres aunque soñados.

Pero vos ni aun lo soñais,
Y muda impasible agora,
Ni el mañana adivináis,
Ni tributo al mundo dais,
Y se lo debeis, señora.

Julia, ese sol brillador
¿Por qué presumes que brilla?
Porque renazca la flor
Al rayo consolador
Que fecunda su semilla.

¿Por qué tan bella la luna
Y tan vivas las estrellas
Doran la sombra importuna?
Porque no fueran tan bellas
No habiendo tiniebla alguna.

El río corre y murmura,
Para vestir de esmeralda
La verdecida llanura,
Y de esta la alfombra pura
Sirve al río de guirnalda.

El arroyo creador
Con su son lúgubre y blando
Aunque busca el espesor,
Por servir al viajador
Va, aunque oculto, susurrando.

Y vierte aljofar la aurora
Sobre la flor marchitada,

Y el ambiente la enamora;
Que sin ser útil, señora,
No existe en el mundo nada.

Si la luna y las estrellas,
Y el río y el alba pura
Sirven á cosas tan bellas,
Tú, mas divina que aquellas,
¿Viviras en noche oscura?

¿Por qué tan bello color
Le presta el lirio y azar
A tu rostro encantador?
O es para inspirar tu amor,
O para inspirarte á amar.

¿Por qué tan pura en tu sien
Es la modestia, señora?
¿Por qué tu honesto desden
Para parecer tan bien,
Tu faz de pudor colora?

¿Por qué tu mente se agita
Cuando en Ovidio se inflama?
¿Por qué cuidosa medita
Y juzga espresion bendita
La que con amor se llama?

¿Por qué del seno el ardor,
Y el lánguido suspirar
De ese pecho encantador?
O es para inspirar tu amor,
O para inspirarte á amar.

No puedes, no, disponer
De tu existencia, mi vida:
Hermosa hubiste nacer,
Nacida para el placer,
Aunque por tu mal nacida!

Dios al crear una bella
Producir quiso una estrella,
Que alumbre la noche oscura
De esta vida de amargura,
Y consolarnos con ella.

Legar quiso una deidad
Por su guardadora al hombre
Que adore en su voluntad:
Pues es su diosa en verdad
La muger con este nombre.

Porque una muger hermosa
En un destino sombrío,
Es la esperanza de rosa;
Es cual la brisa amorosa
Para el quemado escampío.

Cual el rocío á las flores;
Para el cielo el arrebol,

de mil pintados colores:
 Para el hombre sus amores,
 Su Dios, su vida, su sol.
 Y tú, Julia, mi ilusion,
 La mas hermosa entre aquellas
 Que las mas hermosas son,
 La de hielo el corazon,
 Y los ojos cual centellas;

Deja sentir tu alma ardiente
 Y tu ilusion exaltarse;
 Goza tu brillo presente,
 Que las flores de repente
 Suelen sin abrir quemarse!

Goza esta vida engañosa;
 Dura tan poco esta vida!
 Menos que dura una rosa,
 Menos que dura una hermosa,
 Ah! no la llores perdida!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

LAS PELUCAS.

En el artículo del número anterior recorrimos el interesante tratado de las pelucas desde su mas remota antigüedad; y dejamos demostradas estupendas verdades. Siguiendo el orden cronológico pasaremos á ocuparnos de la influencia que ejercieron en la edad media hasta nuestros dias.

A la verdad no hemos visto ni aun citarlas simplemente en todo el periodo de la edad media. Clodion, *el de los luengos cabellos*, no la necesitaba; y Carlos, *el calvo*, se las compuso tambien sin ella: la corona y el gorro de dormir le libertaron de constiparse la cabeza.

La invencion de las pelucas que, lo mismo que la de la pólvora ó la de la imprenta debió ilustrar el reinado de los Capetos, no se descubrió bajo la dominacion de san Luis, á quien los peluqueros han elegido por patrono, y no sé por qué razon. De lo que menos tenia este monarca era de coqueton: su ayuda de cámara, ó su barbero, lo único que hacian era cortarle los cabellos al rape del sombrerillo que llevaba. En tiempo de Luis, *el justo*, fue

cuando apareció la primer peluca. Al principio consistia en una fila de cabellos pendientes de un casquete, á manera de birreta, ó solideo, con que entonces se adornaban eclesiásticos y seglares, y que vemos en los retratos ó bustos de Corneille, Moliere, y casi igualmente en los de Richelieu y Mazarini.

Bajo el reinado de Luis el grande, se imprimió á las pelucas el mismo carácter de grandiosidad que á su siglo. Crecieron inmensamente: todas las cabezas se adornaron con ellas, y llegaron á ceñir la frente de todos los soberanos de la Europa, excepto Cromwel. El mismo Guillelmo III la rindió su sien. No existe desde el rey Ginjico á nuestros dias, negro ninguno soberano que fortaleciendo la majestad de la corona con la dignidad de la peluca, no esté persuadido que debe peinarse á lo Luis XIV. La peluca *in-folio*, que le regaló un viajero, se conserva todavia en sus estados como una insignia de poder; y no hay rey de entre ellos, y eso que por lo regular dejan al aire descubierto las hermosas formas con que les ha dotado la naturaleza, que se la quite un momento.

Bajo cualquier atributo que se les presente, bien sea vestidos á la griega, á la romana, ó desnudos, ó á caballo sobre el águila de Júpiter, ó adornados con el casco de Marte, ó blandiendo el tridente de Neptuno, siempre la conservan encasquetada.

Tambien los aldeanos, monos de imitacion de los palaciegos, se las pusieron. Dícese que costaba mas vestirse la cabeza que todo lo demas del cuerpo; y era una especulacion robarlas: para lo cual un pillastron gigantesco llevaba montado sobre su espalda, y oculto con ella, algun chiquitín, el cual con una orquilla larga iba enganchando y pescando pelucas, en todas las grandes apreturas.

Boileau nos ha trasmitido la historia de la desgracia de la peluca de Chapelain, y con éste motivo ha parodiado varias escenas del Cid de Corneille; en lo cual le culpamos.

En el reinado de Luis XV, la uniformidad de las pelucas cesó para dar entrada á mil distintas formas. En esta época, célebre tambien por la invencion de los polvos para empolvarlas, fue cuando salieron tantos nombres que hasta difícil es conservarlos en la memoria. Pelucas de morcilla, de martillo, de cola, de bolsa, cuadradas, redondas. Todas estas clases manifestaban el jenio inventivo de los peluqueros de la época. La peluca entonces era la etiqueta mas rigurosa; ademas constituia y definia al individuo. No se confundiria ni la de un presidente con la de un alguacil, ni la de un cordonero, con la de un sastre. Confesamos que era de una inmensa utilidad para todos los que á primer golpe de vista quieren saber con quien estan hablando.

La peluca es un mueble útil, disimula la edad, guarda la salud y recomienda el respeto: á no ser cuando se las ponen rubitas hombres que son ancianos; ó en fin cuando se las busca el ridículo, pues á todo se le encuentra. Ademas de estas citadas ventajas, encierra otras muchas, de adorno y ahorro: y algunas veces hasta han servido para salvar la vida. En las guerras del Canadá un oficial cayó en poder de los iroqueses. La costumbre de aquellos salvajes es arrancar los cabellos á sus prisioneros: su asombro fue grandísimo cuando vieron que el europeo, á quien iban á hacer tan cruel operacion, se quitó él mismo la cabellera, la cojió por la coleta, y les descargó en las narices con tan nuevo género de armas. Nadie se atrevió á oponerse á la fuga de aquel nigromántico, que no hubiera conservado su cabeza, sino hubiera sido por su peluca.

Concluiremos este artículo con otra anécdota. En tiempos en que el gran Federico proseguia el rápido curso de sus conquistas, y mientras que se iba apoderando de todas las plazas de Siberia, anunciaba un periódico que aquel vencedor habia tomado peluca. Un político que leía en alta voz un artículo, y que no soñaba sino con plazas fuertes, asaltos y batallas, esclama-

mó: »De que ciudad estais hablando?... Peluca!.... En qué pais, en qué costas está esa plaza? — Sobre la nuca. — Diantre, gran victoria! El rey de Prusia debe decir que le canten un *Te Deum*.

LA PERDIDA DE ALARCOS.

I.

Corrian los años de 1195 en España, bajo el reinado de don Alfonso el sexto, que á la sazón aprestaba gentes y vituallas para oponerse al ímpetu de Almanzor, que desarrollando sus huestes, como un torrente destructor, llevaba á sangre y fuego las ciudades y campos de Castilla. Numerosos tercios de Aragon, Navarra, Leon y Portugal engrosaban cada dia las ya respetables fuerzas del castellano. Los hierros se forjan á toda priesa: se aguzan los puñales y las lanzas; y en los campos de Toledo, donde tienen las huestes cristianas sus reales, ejercítanse ya en maniobras de guerra y en ejercicios de campaña.

Abu-Jacob Miramamolín, despues de tranquilizar sus dominios de Africa, lánzase ambicioso sobre las costas españolas. Entra en Sevilla, apodérase de Córdoba; y traspassando las difíciles y embarazosas montañas de Sierra-Morena, con un ejército florido y triunfador, preséntase ante los muros de Toledo, al frente de trescientos mil peones, y de cien mil ginetes agueridos.

Confiado Alfonso en la disciplina de sus huestes y en el arrojo de sus soldados, temeroso de hacer partícipes de su victoria á los reyes de Leon y Navarra, que en persona acudian á reforzarlo, y juzgando tambien insoportable para sus pueblos la invasion de los moros, que (según dicen los historiadores) agotaban las aguas de los rios, se decidió á presentar la batalla, confiado únicamente en la bravura de su corazón, y en el entusiasmo de sus capitanes.

II.

Brilla la luna que precede al día del combate: sopla la brisa que anuncia el uracan tormentoso; reina la quietud que hace pensar en la tumba.

Media noche ha transcurrido. El silencio y la oscuridad envuelven los inmensos grupos de soldados que, en sus puestos, esperan la luz del alba, como una antorcha que les guíe á la muerte, y el clarín de la pelea, como una voz punzante que les incite á la destruccion de sus hermanos.

Algunos hijo-dalgos principales, celebran consejo de guerra en la plaza de Zocodover, donde permanecerá para reserva un gueso de tropas.

Otros son portadores de las órdenes de Alfonso, que rodeado de los Caberos y señores del reino, lee ansioso en sus miradas la confianza del triunfo.

Entre los mas hardidos y de continente varonil distínguese don Diego Lopez de Haro, en uno de los grupos de infanzones y cabos del ejército.

— Señores, les decia, mengua fuera el dudar de la victoria; el empeño hace mayor el arrojio, y lo difícil de la empresa mas inmarcesible el laurel que arrebatáremos de la frente de los infieles. Yo por mi parte os prometo, á fuer de sangre vizcaina, y de alferez mayor del estandarte real, que ó habeis de hallar mi cuerpo entre los cadáveres en la lid, ó me vereis pisotear las entrañas de ese Almanzor formidable, terror de nuestros valientes.—

Pedro Navarro le replicó con mesura: —Anciano soy y tengo mi pecho cicatrizado de heridas, y mellada mi espada con los fendientes enemigos; y sin embargo, conozco que la necesidad obliga á lo que no se piensa, y las palabras se quiebran muchas veces á vista del peligro.

— Mirad lo que decís, le replicó el descendiente de los de Haro. — No es teneños en poco, don Diego, el aconsejaros que reserveis para los trances el valor de que yo mismo soy admirador; pero sin olvidar que el hombre es débil, y que una

promesa por hacer, nunca se culpa, si se falta á su cumplimiento.»

Dicho esto se retiró el hidalgo anciano, á quien don Gonzalo de Lara, uno de los caballeros del corro, apretó cordialmente la mano, y desapareció con él.

Eucendióse en ira don Diego, y poniendo la mano sobre su corazon, dirigió con voz fuerte, á los señores que le rodeaban, estas palabras:

— Señor soy de Nájera, y mis acciones de guerra me la han hecho merecer de Alfonso, á pesar de las reflexiones del sesudo Cabero y de su protegido don Gonzalo. Palabras hay, que estoy tan cierto de no quebrantar en mi vida, como de no ser traidor siendo español, y de Vizcaya. Juzgadme deshonorado si alguna vez faltase á estas cuatro promesas que juré cumplir cuando nació.

No abandonar á mi rey en la pelea, llevando su estandarte victorioso.

Si una vez he picado á mi troton para la terrible arremetida, jamás volver la cara sin lanzarme entre mis contrarios.

Jamás, siendo guardador de una fortaleza, entregarla menos que muerto.

Nunca, no pudiendo cobrarlos á mi antojo y albedrío, conceder rehenes á un vencedor.

Si quebranto algunas de estas cláusulas tenedme, repito, por deshonorado é indigno de combatir entre tan bravos capitanes.»

La voz del rey en aquel momento hizo suspender sus pláticas, y condujo á los caballeros á recibir las órdenes de Alfonso.

(Se concluirá.)

ALBUM.

LICEO. Esta noche se representa en el teatro del Liceo, la comedia original de D. Francisco Martinez de la Rosa, titulada *La boda y el Duelo*. Tenemos entendido que la que se pondrá en escena para el jueves, en que corresponda otra representación, será la célebre comedia del teatro antiguo, y de las mas lindas del inmortal Moreto con el título de *El parecido en la corte*.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA.